**ESCARABAJOS**

**Por ‘Pacho’ O’Donnell**

FRAGMENTO INICIAL

PRIMER ACTO

Escenografía: La cocina-office oscura y amplia de un departamento antiguo. Modernizada con muebles y decoración algo vulgar. Clase media en ascenso, en Argentina, época actual.

Un televisor, que permanecerá encendido durante todo el 1er acto, está ubicado a un costado del escenario, de perfil hacia el público, de manera que éste no pueda distinguir la imagen pero sí su resplandor.

Dos sillas o sillones, emplazados frente al televisor.

Un banco alargado, con almohadones.

Una mesa.

El retrato de un adolescente, de aproximadamente 16 años, sobre la mesada, muy visible para el público.

Al alzarse el telón se verá a Marta Romani sentada frente al televisor en la pieza a oscuras, es decir que aparecerá solo iluminada por el resplandor de la pantalla.

Marta es una mujer entre los 35 y 40 años, vestida y maquillada estrictamente a la moda, que habla, gesticula y se mueve como se supone que “debe” hablar, gesticular y moverse una mujer actualizada. Alguien que responde al estereotipo inoculado por la televisión con sus pautas de alegría”, “hogar”, “éxito”, “felicidad”, “generosidad”, etc..

 Por ello es que durante toda la obra, salvo en la escena que se marcará en el 2do acto, Marta deberá transmitir, sin exageraciones, sutilmente, la sensación de que todo su ser es un “como si fuera”. Así, cuando ríe es como si estuviera alegre, cuando seduce es como si estuviera “caliente”, etc.

Marta mira la pantalla fijamente aunque dando la impresión de que le presta una atención sólo parcial. Esta será también una clave permanente durante toda la obra. Zapeará sin anclar en ningún canal, como si “controlara” o curioseara. El televisor funciona como ventana sustituta de la real, que da a un patio interior que no recibe luz de día.

La escena de Marta frente al televisor durará varios minutos. Recompondrá varias veces su postura sobre el sillón. A veces parecerá interesada, pero de inmediato, sin transición, adoptará una actitud laxa, de franco aburrimiento. Por momentos interrumpirá el “zapping” y se distraerá observándose las uñas, alisando un pliegue de su ropa, estudiando la punta de un zapato.

Marta se pone de pie bruscamente, como emergiendo de algo, y enciende la luz. Vacila brevemente como si buscara algo para hacer y se dirige con paso vivo, forzadamente decidida hacia un armario. Lo abre y toma un aerosol desodorante que difumina por el ambiente como en un ritual. Durante sus evoluciones, que abarcan toda la cocina, Marta esquiva el retrato.

Poco a poco se va agotando el muy relativo interés que ha logrado infundir a su acción hasta que finalmente guarda el frasco y vuelve a sentarse frente al televisor, como si no le quedara otra alternativa. Se repite la escena anterior de observar la pantalla con alternancia de interés aparente con tedio evidente. Echa una mirada a su reloj pulsera. Al cambiar de postura sobre el sillón dará la impresión de estar ensayando poses.

Otra vez con un arranque impetuoso, “como sí” se sintiese decidida y segura, se dirige hacia el teléfono y disca un número. Espera unos segundos hasta que del otro lado de la línea alguien contesta.

Marta: Hola, quien habla... ah, qué tal, como le va, habla Marta... (su interlocutor parece tener dificultades para escucharla)... Marta habla... (casi gritando)... sí, Marta, com le va (hace un gesto de fastidio)... bien, bien, gracias... sí... llámela a su esposa... sí, a su esposa, quiero hablar con ella... adiós, gracias... (Marta se ha instalado frente al espejo y mientras habla se mira en él, arreglándose el pelo y la vestimenta, como si se reconociera. También estudiará su cuerpo de frente y de perfil acomodando su blusa y la pollera, pero además recorrerá sus formas, chequeándolas, sin que trasluzca placer o desagrado. En cierto momento se ocupará de sus senos sin que se sepa si los acaricia o si intenta modelarlos de otra manera, se abre el escote para desnudar totalmente uno de ellos y observarlo, inmóvil, en el espejo, durante un rato.

Estas acciones las desarrollará durante la conversación telefónica que sostendrá con voz amable y desganada, en un acto realizado muchas veces, disociando lo que dice y lo que hace)... hola, como le va señora (su nuevo interlocutor ha aparecido en la línea) ... qué tal... anoche la estuvimos llamando pero daba siempre ocupado... estaría descompuesto... serían las nueve, más o menos... entonces estaba descompuesto... dicen que hay muchas líneas rotas y que no las arreglan... pero no, señora, le aseguro que es cierto , intentamos varias veces... se habrá arreglado sólo, usted sabe que... sí, son un desastre, desde que los privatizaron andan cada vez peor...además aumentan la tarifa a cada rato... Oscar temprano, como siempre... sí... sí... yo tuve que hacer algunos trámites, pagar cuentas y esas cosas... no, al colegio no, mañana tengo dos horas... la directora me dijo que a lo mejor me daba alguna suplencia... usted sabe que sin palanca es difícil conseguir... ajá... (su tono se mantiene mecánico, sin emociones)... Oscar sigue buscando un local para poner el locutorio, dicen que es un negocio seguro... yo voy a estar a cargo, lo voy a hacer muy bien... pero pobre, debe ser la humedad... ¿tomó los remedios?... bueno, ya se le va a pasar... (de pronto Marta parece impacientarse) ... la llamaba para que me dijera como está el día... si, vaya... (espera unos segundos) hola... nublado... ¿frío?... ¿las mujeres usan tapado?... bueno, muchas gracias... el próximo departamento va a ser alto, con mucho sol... con balcón, mejor terraza... no, la plata todavía no la tenemos pero su hijo está ganando muy bien, así que... bueno, bueno... (desea cortar pero su interlocutora la demora)... sí, sí, cuando llegue Oscar le digo que la llame... no se preocupe, vamos a insistir y si no llamamos al 116... el 114, tiene razón... bueno, hast... sí, hasta luego... (por fin logra cortar y lo hace con suavidad pero no evita un ademán de fastidio. Permanece un segundo junto al teléfono, dominando la cocina-office con su mirada y luego vuelve a sentarse frente al televisor.

(Suena el timbre. Marta se incorpora rápidamente, apaga el sonido del televisor dejando la imagen, retoca su aspecto frente al espejo y se dirige hacia la puerta. Antes de abrir se demora un segundo, componiendo una actitud de “señora elegante y seductora”)

Marta: Ah, sos vos.

Ruben: Qué tal, señora...

(Rubén es un mandadero de supermercado, adolescente de 16 años aproximadamente, hermoso, con algo de efebo que destila sensualidad. Transmite una mezcla de ingenuidad y diabolismo. Debe tener encanto, “hacerse querer”. Empuja el típico “carrito” de supermercado cargado de comestibles y bebidas).

Marta: (Condescendiente, entre amable y distante) Andá, dejá las cosas en la cocina.

(Rubén desaparece por una puerta lateral. Evidencia esperanza y recelo. Marta, frente al televisor, es ahora una mujer sexy, insinuante y sofisticada. Enciende un cigarrillo con movimientos ampulosos, arrojando el humo hacia el techo como en un aviso publicitario). Marta: Rubén, ¿trajiste todo?

Rubén: (Reapareciendo velozmente) ¿Cómo dice?

Marta: (Indiferente, sin mirarlo) Que si trajiste todo.

Ruben: Y si, creo que sí.

(Rubén espera infructuosamente otra muestra de interés por parte de Marta. Vuelve a desaparecer y durante un rato sólo se escuchan los ruidos de botellas y paquetes acumulados en el depósito).

Marta: No rompas nada.

Ruben: (Desde bastidores) Yo nunca rompo nada. (Se asoma, haciéndose el simpático) ¿Alguna vez rompí algo? (Marta ni contesta ni lo mira. Rubén vuelve a desaparecer, continúan los ruidos durante algunos segundos más y por fin reaparece con el “carrito” vacío) Ya está, terminé.

Marta: (Casi glacial) ¿Terminaste?

Rubén: (Sonriendo) Sí, ya terminé. (Marta, que lo ha observado fugazmente, vuelve a ocuparse del televisor. Rubén espera. Hay una historia previa entre los dos y cada uno está jugando su papel) Bueno, me voy (Espera que Marta reaccione. Esta gira displicentemente su cabeza, sin abandonar su pose de mujer fatal, y lo mira en silencio, con gesto serio, dominándolo. Lo que antecede y lo que sigue a continuación forma parte de una obra maestra de seducción y rechazo que Marta ejecuta con precisión, sin fallas, en la que Rubén asume el papel de víctima por ingenuidad pero también porque espera la oportunidad de transformarse en el ganador, con el premio de una relación sexual con una señora como Marta).

Rubén: (Otra vez) Me voy.

Marta: (Tajante) Vení. (Rubén se acerca contento) Sos lindo.

Rubén: (Esforzándose por ser simpático y decir lo adecuado. Marta nunca le concederá la posibilidad de estar seguro de lograrlo) Usted también es linda.

Marta: No me parece que esas sean cosas para ser dichas por un... (Se interrumpe)

(Rubén queda otra vez descolocado. Parece a punto de irse. Es el momento para que Marta vuelva a hablar con mayor cordialidad).

Marta: ¿Tenés mucho trabajo?

Rubén: (Rápido) No, dos o tres pedidos más...

(Marta lo evalúa, ahora con expresión más dulce)

Marta: En el super saben elegir a los pibes. (Rubén encoge los hombros, halagado, y no sabe qué hacer con el “carrito” que tiene en la mano). Te deben de haber dicho muchas veces que sos lindo, ¿no?

Rubén: Sí... no, además depende de quien lo diga, porque...

Marta: (Interrumpiéndolo, como si Rubén estuviera haciendo una tontería divertida) ¿Qué hacés con el “carrito”? ¿Por qué no lo soltás?.

(Rubén sonríe bobamente, como sorprendido “in fraganti” y deja el “carrito” junto a la pared).

Marta: (Dura) Ahí no, que me rayás el empapelado... (Rubén susurra una disculpa. Marta, chasqueando la lengua y con una mueca de disgusto, tantea la pared). Es un papel importado, carísimo, no como las porquerías que venden en tu super... (Se dirige hacia el televisor y se queda de pie frente a él. A sus espaldas, Rubén la mira, deseándola. Marta se da vuelta bruscamente, sintiendo la mirada de Rubén en su trasero y en sus piernas, buscando perturbarlo. Rubén da un respingo y se hace el distraído.)

Marta: (Pasa junto a Rubén, rozándolo) ¿Viste cuantas cosas que hay en la cocina?

Rubén: (Recogiendo con avidez cualquier “cable” que Marta le echa) Sí, tiene un montón de paquetes de fideos y botellas y azúcar... De todo. Un montón.

Marta: (Insinuante) ¿A que no sabés por qué?

Rubén: No...

Marta: ¿Seguro que no te das cuenta?

Ruben: (Vacila) Bueno...

Marta: (Muy próxima, francamente seductora) Bueno, ¿qué?

Ruben: (En voz baja, con pudor) Porque usted quiere que yo venga a su casa.

Marta: (En tono exultante, felicitándolo) ¡Muy bien, no sos ningún bobito! (La excitación y el deseo van aumentando en Rubén a medida que Marta despliega su telaraña provocativa. Marta cederá ante Rubén sólo para rechazarlo o ponerle límites en el instante preciso, en una sabia administración de frustraciones y concesiones que van alimentando en Rubén una “calentura” salvaje. Como contrapartida, Marta no se erotizará sino que hará “como si” se erotizara).

Ruben: Qué linda pil... digo ropa tiene usted, eh...

Marta: ¿Te parece? Es de Galerías Pacífico.

Ruben: (Acercándose) Sí, es muy linda, se ve que es cara (Estira una mano para tocar la tela, pero Marta se aleja en dirección al espejo) Le queda muy bien.

Marta: (Frente al espejo, evolucionando como si se mirara aunque en realidad se está mostrando a Rubén) Sos un avivado, vos.

Rubén: ¿Yo? ¿Por qué?

Marta: (Mirándolo con reproche y picardía) Porque lo de la ropa era un pretexto para tocarme.

Rubén: (Asumiendo el papel de “piola” que le ofrece Marta) No, como se cree una cosa así, por favor, yo se lo dije en serio, mire que...

Marta: (Repentinamente tajante, indignada) A mí me parece una falta de respeto, eso me parece (Camina con energía hasta el televisor y eleva exageradamente el volumen para después sentarse en el sillón. Rubén ha quedado paralizado. Después de un rato ella baja el volumen para hacerse escuchar)

Marta: (Con tono de enojo) Decile a los del super que los huevos que me mandaron ayer eran una porquería, estaban podridos. (Rubén no sabe qué hacer. Echa una mirada hacia el “carrito”) ¿Escuchaste?

Rubén: Sí...

Marta: Como no decías nada... (Marta vira de la irritación a la alegría) ...¿Qué divertido que sos, Rubén! ¿Sabés lo que parecés? (Rubén se distiende algo y sonríe) Ahí parado en medio de la habitación, tan durito, parecés un policía haciendo guardia (Entre carcajadas) Eso parecés, un policía haciendo guardia (Rubén hace la venia, cómicamente. Marta le apoya las manos sobre el pecho y acerca su cara) Sos muy divertido vos. (Rubén la deja hacer. Marta le palpa el brazo) Huuuummm, qué duro que tenés. ¿Tenés todo duro, vos?... se ve que tenés fuerza... ¿Son muy pesados los “carritos”, Rubén?

Rubén: (Dominando su excitación) Más o menos. Una vez lo pesé en una balanza y marcaba ciento veinte kilos, marcaba.

Marta: ¿Siempre hablás en sánguche?